

Catalina¹

Gabriela McEvoy²

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad.

Y no en el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos.

Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa.

No vive nadie ya en la casa

César Vallejo

A Catalina Dowling le gustaba desde niña la música, el teatro y la lectura. Su padre había sido su gran maestro. Le apasionaban las lecturas en las tertulias y veladas que se hacían en su casa. Otras veces, mientras tocaba las teclas blancas y negras de su piano con gran alboroto y entusiasmo, sus hermanos y hermanas hacían escenificaciones teatrales para la familia y los amigos. Durante el mes de diciembre, su piano producía dulces y agradables villancicos navideños que eran el deleite de cuanta persona visitaba la casa de los Dowling. Mientras cultivaba y desarrollaba su intelecto, Catalina se iba perfeccionando en las labores domésticas propias de la mujer de su época, de esta manera, combinaba sus lecturas y el gusto por la música con sus labores de tejido y bordado.

Cuando creció, su padre, Patrick Dowling, creyó conveniente enviarla a París para que se beneficiara de la educación francesa y cuando regresara al Perú, pudiera aportar sus conocimientos al país que la había visto nacer y crecer. Estando en París continuó con sus lecturas y se ensimismaba leyendo las novelas de Shakespeare, Cervantes, Víctor Hugo y Tolstoy y las alternaba con las lecturas de grandes filósofos franceses como Voltaire, Diderot y Rosseau. A su

¹ In *Palimpsesto. Relatos cortos de irlandeses en el Perú*. Madrid: Editorial Pliegos, 2020

² Gabriela McEvoy was born in Lima, Perú. She is the Chair of the Languages Department and Professor of Spanish at Lebanon Valley College. She teaches all levels of Spanish language, literature, and culture. Her area of research is Irish Immigrants in Peru.

regreso de la *Ciudad Luz* y con sus estudios culminados, sus gustos se refinaron aún más. Según su padre, Catalina dominaba más el francés que su propia lengua castellana. Su aspecto sofisticado resaltaba su belleza y elegancia, características que la hacían ser el centro de atención en reuniones sociales. A pesar de ser consciente de su belleza, Catalina sabía que ésta se desgastaba con el tiempo y lo único que perduraría sería la belleza de las ideas. El conocimiento que había adquirido le permitía participar en conversaciones de temas tan variados como la política, la historia y la literatura. Catalina había alcanzado la estrella del éxito.

A su regreso de París, en diciembre de 1857, la vida parecía sonreírle. Aquel mes fue uno de los más felices que recordaría. Después de tiempo se produjo el encuentro familiar. Mientras que ella regresaba de París y estaba lista para emprender la carrera de educadora en el sur del Perú, su hermano Patricio regresaba de Valparaíso y su hermana Margarita venía procedente de Bolivia. Los Dowling se volverían a reunir con Phebe Ann, la hermana mayor, casada con Manuel Segundo Vargas, teniente coronel y segundo comandante de Caballería del Ejército de Vivanco, con quien tenía tres pequeños hijos: Benjamina Sofía de cuatro años, Manuel Francisco de tres años y María de siete semanas. El único gran ausente de los grandes momentos familiares sería el hermano menor, James Edward, quien no había regresado de los Estados Unidos desde que partió a la edad de siete años.

La felicidad no duró mucho tiempo. Meses después de su regreso al Perú, Catalina y su familia se enfrentaron ante la epidemia de la fiebre amarilla, la cual acabó con la vida de Phebe Ann. La debilidad post partum la postró en cama y al poco tiempo empezó a mostrar signos de esa fatal enfermedad. Poco fue lo que se pudo hacer y tras unos días de enfermedad, Phebe Ann murió el 26 de abril de 1868 dejando a un viudo desconsolado junto con sus tres pequeños huérfanos. La pena se apoderó de la casa de los Dowling. Se sumergieron en el duelo y en el dolor y pasaron días y noches llorando desconsoladamente por la pérdida de Phebe Ann, quien, para ellos, era un ángel caído del cielo.

Pasado un año, la casa de los Dowling empezó a mostrar vida interna nuevamente. La casa se abrió totalmente renovada y se llenó de alegría. Así, se empezó a superar la muerte de Phebe Ann y se dejó el luto cerrado que se había mantenido en dicha casa. Las mujeres dejaron de usar ropa negra. Se quitaron también los listones negros y se abrieron las ventanas y los balcones dejando ingresar la calidez de los rayos del sol de principios de otoño. Se empezaron a escuchar nuevamente los acordes del piano. Se instauraron las tertulias y veladas siendo Catalina la principal motivadora de las conversaciones.

Entonces, se pensó que Catalina iniciaría su labor de maestra. Todos reconocían la mente brillante de esa muchacha que había sido condecorada por el mismísimo Napoleón III durante su permanencia en Francia, pero, para ese momento, Catalina ya había tomado una decisión que dejó a muchos sorprendidos. Renunciaba a su carrera profesional, renunciaba al matrimonio y renunciaba a tener su propia familia. No recibió propuesta de matrimonio de su cuñado Manuel Segundo Vargas y tampoco la habría aceptado. No le importaba ser vista como una solterona. En cambio, se dedicaría por completo a la crianza y educación de sus tres pequeños sobrinos. Así, aprendió a vivir la vida en función a las necesidades de los niños. Había nacido en Catalina un anhelo desbordante de criar a sus sobrinos.

La sociedad peruana perdió la oportunidad de tener una brillante maestra, pero en cambio, los tres pequeños Vargas Dowling ganaron una madre abnegada, noble e inteligente que los encaminó por el mundo de las humanidades y les enseñó a apreciar el valor de la educación.